

Primera carta

Hasta este momento, señores expertos, he ocultado la verdad, pero ahora las circunstancias me obligan a descubrirla. Una vez que la conozcan comprenderán que el caso no es tan sencillo como les pueda parecer a los profanos: camisa de fuerza o grilletes. Hay una tercera opción, ni los grilletes ni la camisa de fuerza, sino quizá algo más terrible que lo uno y lo otro juntos.

Alexei Konstantínovich Savelov, al que asesiné, fue mi compañero en el instituto y en la universidad, aunque al escoger nuestras respectivas especialidades nos separamos. Como ustedes saben yo me hice médico mientras que él estudió leyes. No se puede decir que no quisiera al finado, siempre me resultó simpático y nunca he tenido un amigo más cercano que él. Pero a pesar de toda su simpatía no se encontraba entre las personas que me podían infundir respeto. La sorprendente

blandura y docilidad de su naturaleza, su extraña inestabilidad de pensamiento y de sentimiento y la falta de fundamento de sus juicios continuamente cambiantes me obligaban a contemplarlo como a un chiquillo o una mujer. Sus allegados, que a menudo sufrían sus salidas de tono, pero que a pesar de eso y gracias a la irracional naturaleza humana lo amaban, intentando encontrar justificación a sus carencias y su sentimiento, le llamaban «artista». Y ciertamente así sucedió y parecía como si esa insignificante palabra le diera plena justificación y aquello que para cualquier persona normal sería estúpido se convirtiera en indiferente o incluso en algo bueno. Tan poderosa era esa palabra inventada que incluso yo mismo en cierta ocasión me entregué a la opinión general y de buena gana excusé a Alexei sus pequeñas carencias. Pequeñas porque era incapaz de hacer nada grande ni importante. Como prueba de esto bastan sus obras literarias en las que todo es pequeño y poco profundo, a pesar de lo que dijera la miope crítica, ansiosa por descubrir nuevos talentos. Bellas e insignificantes eran sus obras como bello e insignificante era él mismo.

Cuando Alexei murió tenía treinta y un años, era un año y pico más joven que yo.

Alexei estaba casado. Si vierais ahora a su mujer, después de su muerte, ahora que está de luto, no podríais haceros una idea de lo bella que fue: hasta tal punto ha desmejorado. Las mejillas grises y la piel del rostro tan flácida, vieja, vieja, como un guante usado. Y las arrugas. Ahora son arrugas, pero dentro de un año serán profundos surcos y zanjas, ¡lo quería tanto!

Y los ojos ya no resplandecen ni sonríen, cuando antes sonreían constantemente, incluso en los momentos en los que tenían que llorar. Tan sólo la he visto un minuto, nos cruzamos casualmente en la oficina del instructor del sumario y me quedé estupefacto. Ni siquiera podía mirarme con ira. Tanto sufría.

Tan sólo tres personas, Alexei, yo y Tania, saben que cinco años atrás, dos meses antes de que se casaran, me declaré a Tatiana Nikoláyevna y fui rechazado. Por supuesto que esto es tan sólo una suposición, ya que seguro que Tatiana Nikoláyevna tiene decenas de amigos y amigas que han sido detalladamente informados de cómo el doctor Kerzhentsev cierta vez soñó con casarse y recibió una humillante negativa. No sé si ella recuerda que en ese momento se echó a reír, seguramente que no lo recuerda, se reía tan a menudo. En ese caso recuérdenselo: el cinco de septiembre se echó a reír. Si ella lo niega, y lo negará, recuérdenle cómo sucedió. Yo, este hombre fuerte que nunca llora, que nunca ha temido a nada, yo, estaba delante de ella y temblaba. Temblaba y contemplaba cómo ella se mordía el labio, y ya había extendido la mano para abrazarla cuando alzó los ojos y en ellos vi esa risa. Mi mano quedó detenida en el aire, ella se echó a reír y se estuvo riendo un rato. Todo lo que quiso. Aunque después también pidió disculpas.

—Perdóneme, por favor —dijo y sus ojos reían.

Yo también sonreí y si bien hubiera podido perdonarle su risa, nunca podría perdonarle su sonrisa. Esto sucedía el cinco de septiembre a las seis de la tarde, hora de San Petersburgo. Añado que en hora de San Petersburgo porque nos encontrábamos en el andén